

MUERTOS EN VIDA

Rosario Alarcón Mondonio
Novela



TAMARA ROBLE

PRODUCCIONES
CULTURALES



Rosario Alarcón Mondonio

MUERTOS EN VIDA

La Paz-Bolivia 2012

MUERTOS EN VIDA

Rosario Alarcón Mondonio
ralar777@gmail.com

Corrección de estilo y adaptación libre al género teatral:
Arturo Archondo Asch

Diseño e ilustraciones: Alejandro Archondo Vidaurre
arxondo@gmail.com www.arxondo.com

Diagramación: Viviana Aguilar Nogales
viviua1@yahoo.com



Tamara Roble Producciones Culturales
2424359 - 73080777



Depósito Legal:

Imprenta

Impreso en La Paz -Bolivia
2012

A mi querida hermana Mecha, con quién compartimos momentos de plática, reflexión y aprendizaje mutuo.

PRÓLOGO

La vida humana, breve y efímera, extiende sus tentáculos de servidumbre sobre un yo soberano, un ego megalomaniaco, que hace pensar a muchos sujetos que la avaricia y la ambición son normales sin sospechar, siquiera, que se trata de dos tipos de delirios que se asientan en el Fantasma Humano, para hacerles ver, con el cristal desde donde miran, la realidad de los hechos y de los afectos, con una percepción y razón distorsionadas.

Los humanos están predispuestos a enfrentarse a diferentes sentimientos y afectos existiendo algunos, o muchos que, en el transcurso de la vida se aferran a un afán de posesión por el dinero, el lucro, la gloria, el plagio, el poder, siendo afectados en la vigilia y en el sueño por el objeto de sus delirios, buscando conseguir metas que van más allá de la razón común.

Su alma está sujeta a un solo objeto y su energía gira en torno a él; por éste cavilan, pululan, sufren y hasta se mortifican placenteramente, en la vida y en las puertas de la muerte, temiendo perder objetos materiales o el poder del dominio de la gloria; por ello aunque su cuerpo físico conserve señales de vida por la respiración y por la circulación sanguínea, trastocan su naturaleza humana a otra muy distinta que va más allá de lo cotidiano, para afirmar a través de sus hechos, que el cuerpo no está muerto sólo cuando ya es un cadáver, sino que su naturaleza está muerta en vida por la forma en que se autodestruyen; al estar su cuerpo y alma privados del placer de vivir naturalmente, son absorbidos en la nebulosa de sus propios delirios cotidianos.

Sujetos escindidos entre el consciente y el inconsciente que están lejos de comprender lo que B. Spinoza recomienda en su libro sobre Ética: "A los hombres libres los une la amistad, la gratitud, los deseos adecuados, y guían a los demás conforme al juicio de la razón en su punto medio, y hacen lo que saben; es primordial para el bienestar común".

El teatro de la vida que escenifica al doble de los sujetos en su existencia humana, hace aflorar el inconsciente a la luz, arrancando las diferentes máscaras para recordar las palabras del poeta francés Antonin Artaud cuando dice: "que no somos libres y el cielo nos puede caer sobre la cabeza".

El teatro enseña un reencuentro con la vida al dejar en claro la posesión de fuerzas inconscientes dominantes, muchas veces nimias y absurdas, para que enseñe la inutilidad de la estupidez humana convirtiendo así su accionar, en reflexión, curación y quizás una sublimación de las fuerzas destructivas, al guiarlas por otros senderos cuando se evoque imágenes especulares en la cabeza del espectador, y provoque no sólo identificaciones pasajeras sino una reflexión a-posteriori sobre el mimetismo mágico de un gesto que por su fuerza delata la muerte en vida.

Un teatro que se asemeja a los sueños, a sus mecanismos de condensación y desplazamiento, un teatro que bordea con un gesto la pulsión de muerte que se encuentra en la vida misma, para que con otro gesto, lo absurdo al caer, recuerde que los sujetos pueden ser propositivos ante la misma muerte, y que esto representa pensar una y otra vez, una y mil veces para comprender la verdad de las acciones y tomar decisiones adecuadas en el vivir.

La autora.

PRIMERA PARTE: DON ANTONIO

CAPÍTULO I

EL PLACER DE CREAR UNA IMAGEN A SEMEJANZA

El velo de la noche se retiraba lentamente de los campos verdes de la campiña.

Los pájaros cantaban en la madrugada dando la bienvenida al nuevo día.

Desde la ventana de la casa de don Antonio se veía cómo revoloteaban por las ramas, o se tiraban en picada al pasto a comer sus primeros brotes.

Se respiraba un olor fresco de rocío.

Dentro de la habitación se cortaba el graduador de las frazadas eléctricas, se desconectaba el aparato que humedecía el aire, y se escuchaba a los perros que, afuera, ladraban a todo lo que se movía.

Tamara, en silencio, observaba los movimientos de don Antonio que se acercaba a recorrer las cortinas del cuarto, a cerrar la botella del whisky que, noche antes, le había deleitado el paladar, y a tapar los frascos de pastillas para dormir, o para compensar las falencias de la edad de aquellos que, como él, andaban entre los 70 y los 80 y requerían, como paliativos, de vitaminas y minerales en cantidades cada vez mayores para andar bien.

El timbre sonaba y aparecía la empleada con la bandeja del desayuno exclusivamente para el amo de la casa: un plato con leche y avena, un zumo de naranja o de lima, y un vaso térmico lleno de té.

Mientras don Antonio desayunaba, Tamara aprovechaba para bañarse y vestirse.

El fin de semana había terminado y ella, treinta años más joven que él, se disponía a salir para el trabajo que realizaba en la ciudad.

Tamara había conocido a don Antonio en una farmacia, un día en que ella salía de trabajar y realizaba una llamada telefónica a una de sus habituales pacientes de masajes que le debía dinero por algunas sesiones.

Las técnicas del masaje las había aprendido en el exterior y ellas habían constituido su fuente de trabajo para pagar sus estudios de psicología.

Tamara ansiaba conocer las fuerzas misteriosas que yacían en el alma humana, y por ese afán había profundizado en campos como los de la psicología, la filosofía y la literatura, y en actividades como la escucha de óperas y música selecta o el escudriño de las vidas de los autores, o autoras, que leía.

Le interesaba saber cómo habían sido ellos en sus vidas habituales y qué fuerzas los habían motivado para producir lo que habían producido.

Su mundo y su interés era ese: tratar de comprender los misterios de la vida y de los seres humanos utilizando, para ello, la lectura, la investigación y el contacto directo con la gente.

Las preguntas existenciales del por qué y el para qué vivir marcaban su mundo cotidiano, y la llevaban a dirigir su mirada y sus pensamientos en ese sentido.

Como aspecto particular de esa actividad, no dejaba de pensar en las conductas extrañas que se habían manifestado en don Antonio, en un momento dado.

El dinero que Tamara ganaba no le alcanzaba para sus gastos cotidianos, y fue así que aceptó la idea de que aquel señor, que contaba con una suculenta jubilación de una organización de los Estados Unidos, podía ayudarle a concretar algunas de sus metas.

Salvando algunos remilgos relativos a la diferencia de edad aceptó la relación, aprovechando la vanidad de don Antonio y su negativa a envejecer.

Ella, de todos modos, sabía de antemano que esto tendría un costo, pues en esta vida nada se consigue si no es a cambio de algo; a la suma hay que restar algo, a la multiplicación dividir algo.

Cuando don Antonio la conoció tuvo algunas gentilezas con ella, a cambio del rol que ella asumió de alegrarle la vida y ser su dama de compañía en algunas fiestas, además de cuidar su casa y persona los fines de semana.

Fue así que, un poco más tarde, se enteró de que don Antonio era mucho más pudiente de lo que aparentaba, pues poseía una casa en una de las zonas más caras de la ciudad, rodeada de una campiña verde, situación que le permitía ser considerado como parte de la elite ciudadana.

Tamara pensó en el trueque, "yo le doy mi juventud y él me proporciona dinero para que yo alcance mis metas".

Don Antonio, en efecto, movido por determinados resortes psicológicos, buscaba reflejarse en Tamara, así como se proyecta la sombra de la Luna sobre la Tierra por obra del Sol; su recóndito afán era acceder a la anhelada juventud que ella representaba, no importando que para ello tuviera que entregar su alma al diablo, en un trueque de dinero por juventud.

Una juventud, divino tesoro, que dejaba traslucir sus encantos particularmente en días festivos o noches de juerga, trago y baile, que desplazaban el cansancio corporal y permitían creer que la vida florecería al día siguiente, como si nada hubiera pasado, renovando sus mejores galas, para emprender un día más con la misma energía que el día anterior.

A este acuerdo, con una rutina de cada semana, Tamara se había acoplado durante diez años de su vida, decidida a ganar una batalla por su deseo de superación, costara lo que costara.



Había decidido moldearla a su imagen y semejanza...

CAPÍTULO II

EL EFECTO PIGMALIÓN

En los primeros años de la relación, Tamara accedía a todo lo que don Antonio le pedía y, de ese modo, poco a poco, pudo irse dando cuenta de sus rarezas.

A él le gustaba llevar el control de las situaciones y dirigirlas como un capitán de barco o como un director de orquesta.

Dirigía las vidas de sus dos hijos, de sus nietos y por supuesto de Tamara, a quién había decidido moldear a su imagen y semejanza, para que sus amigos admiraran su obra: una escultura perfecta.

Su idea, al parecer, una vez esculpida la bella estatua, era darle un soplo de vida y no sólo darle movimiento sino hasta entregarle los votos del matrimonio.

Tamara aparentaba haberse sometido voluntariamente al proyecto, y fue así que la relación amo-esclavo empezó a funcionar dentro de la pareja.

La estatua tenía que ser cincelada y volverse humana; había que comprarle determinada ropa, zapatos y perfumes; tenía que jugar ajedrez; pensar como su amo, obviamente sin interferir en sus negocios de la bolsa; tampoco podía jugar tenis, o golf; el resto era, según él, cuestión de tiempo.

Había que contornear su cuerpo y alma hasta que llegase a concretarse en una obra maestra, una obra que enaltecería la labor del maestro y que le permitiría acrecentar su orgullo y su omnipotencia, con la certeza de que esa imagen sería eterna por los siglos de los siglos, amén.

Sería una dama de la alta sociedad; en las tiendas de liquidación compraría Don Antonio, la ropa que su dama debía utilizar, regatearía los precios y pronto el armario se llenaría de relucientes prendas, que llamarían la atención por la percha que las usaría.

Tamara no tuvo inconveniente en prestarse a este teatro porque conocía la actuación de la imagen por la imagen y de la vanidad especular; respondería a lo solicitado sin crítica ninguna, sin preguntarse si le gustaba, sin pensar, sin sentir, sin soñar y sin siquiera pestañar.

Dejó que Narciso actuara en el escenario de las imágenes especulares, de los juegos imaginarios, mientras ella avanzaba en la búsqueda de sus propios logros.

Así el doble juego estaba puesto sobre la mesa de la realidad, uno de vida y otro, paralelamente, de muerte.

Esto para ella era pan comido, fácil de hacer, pues si este señor le demandaba cierto comportamiento ella, la actriz de turno, se adelantaba y tomaba iniciativas que alegraban a su amo; era la alumna perfecta; sabía que si las cosas no las manejaba de ese modo, se rompería la magia de la escena dentro de la escena y perdería la ayuda económica.

Algo que atraía de modo particular a don Antonio eran las tiendas de ropa cuando ofertaban su mercadería con un 50 por ciento de descuento.

Comprando así sentía que favorecía a su bolsillo y a su espíritu ahorrador hasta la avaricia.

Tamara, cuando ocurrían estas compras, debía demostrar que seguía acomodándose a las medidas perfectas de 90-60-90 y a la talla 10 americana.

Una vez, en complicidad con la vendedora, tuvo que hacer una simulación para hacer pasar un vestido talla 12, como si fuera talla 10, y todo para mantener satisfecho a don Antonio.

Con ardides como ese, Tamara buscaba que la representación fuera óptima hasta que, en el teatro de la vida, la ópera llegara en algún momento a su fin.

Eso ocurriría, seguramente, cuando pasara el tiempo y cuando la estatua empezara a mostrar signos de envejecimiento y no de juventud eterna, puesto que la castración simbólica estaba negada, tal vez renegada y de alguna manera rechazada por la fuente de la juventud eterna; entonces se rompería el encanto que haría desmoronarse los afanes de don Antonio.

Al pasar el tiempo su factura, por la marcha en un espacio terrenal, la imagen se iría deteriorando y la estatua presentaría quiebres, manchas, que su amo seguramente no estaría dispuesto a aceptar, y ahí se rompería el encanto de la vida para don Antonio, pues la demostración de la vida efímera sería inminente.

Comprendiendo esto, Tamara buscaba apresurar sus pasos para alcanzar sus metas profesionales; reflexionaba sobre el hecho de que muchos hombres temen tanto envejecer que, para retrasar lo inevitable, solo atinan a rodearse de cosas bellas y placenteras, alejando la falta de sus vidas.

Les aterra la muerte real, sin considerar y percatarse de que sus almas ya están muertas por dentro desde mucho tiempo atrás, la enfermedad de la avaricia en un gusano mal oliente, rastreador, ciego que no puede considerar que la belleza esta en aceptar la dialéctica de vida y muerte en un mismo ser, en un mismo objeto.

CAPÍTULO III

EL EFECTO MEDEA

Tamara, inteligente y calculadora, siguió con su rol de actriz exclusiva, permitiendo que don Antonio la siguiera tallando, o creyendo que lo hacía, para convertirla en una estatua perfecta, hecha a su medida.

Por entonces y, mientras el proceso avanzaba, notó que se acentuaban algunas conductas extravagantes y absurdas de don Antonio

Criaba él dos perros pastores alemanes, una hembra y un macho, a los cuales ella llegó a querer muchísimo.

Los perros, fieles a su especie, eran guardianes naturales de la casa y, a diferencia de algunos humanos, demostraban agradecimiento por el alimento que recibían, moviendo sus colas y lamiendo las manos del dador de comida.

A estos animales, dignos de la mayor consideración, don Antonio mataba de hambre, y lo hacía sólo por una profunda avaricia, que a Tamara se le fue develando poco a poco.

Esas actitudes avarientas se extendían a sus empleados y hasta a sus amigos a los cuales, cuando los invitaba a comer, les servía sobras de comidas guardadas mucho tiempo atrás en la heladera.

Hasta a las plantas llegaba su roñosería, limitándoles el agua que requerían para su crecimiento; una copita de agua era todo lo que recibían; las plantas debían esperar la temporada de lluvia para darse el remojón que a lo mejor anhelaban.

Tamara, que estaba acostumbrada por tradición familiar, a comer lo mejor de lo mejor y a compartir con sus amigos la excelencia que proporcionaba la alacena de su casa, gracias a la Pachamama, vio en esto un gran dilema, porque no estaba dispuesta a participar en el sadismo del viejo roñoso; suficiente ya tenía con ser la dama perfecta.

Fue así que mientras el patrón se iba a hacer la siesta, ella sacaba a hurtadillas las gargantas de lengua de vaca, para darles una o dos comidas más a los perros.

Cuando se descubría el hurto y se armaba el consiguiente escándalo ella se limitaba a negar que hubiese tocado algo de la heladera.

Un día la perra, pastor alemán, se preñó y tuvo a sus cachorros que le sacaron su pelaje café oscuro y claro.

Como la empleada tenía la orden de darle sólo un plato de leche al día y su rutina de carne era miserable, Tamara entró a la cocina donde estaba la cama de la perra con sus cinco cachorros pastores alemanes, hermosos y, no encontrando en la heladera otra cosa que un fino y caro tocino español, sin más reparos se lo entregó al animal que, desesperado, se lo tragó en un cerrar y abrir de ojos.

El lío vino después cuando el viejo reclamó a la empleada y la empleada acusó a Tamara, pero lo importante era que la perra había comido para prolongar un poco más las vidas de sus cachorros y tener leche para poder amamantarlos.

Observando su conducta, Tamara analizó que el viejo tenía alguna rareza con la comida, y muy grave, ya que sus miserias terrenales se encontraban relacionadas de alguna manera con el rollo de la comida.

La pulsión anal estaba estrechamente ligada a la oral, y la pulsión sadomasoquista se dejaba ver candente como las brasas de un incendio de bosque, sin posibilidad de extinción; se ponía rojo de rabia, como un sapo pronto a explotar, cuando fallaban sus restricciones respecto a la comida.

Las llamas incendiarias llegaron hasta Tamara, quien se vio en figurillas tratando de negar su participación en el asunto del tocino español.

Un poco más tarde toda aquella situación terminó en un hecho triste, cuando la madre aplastó con su propio cuerpo a sus cachorros quitándoles la vida ante la imposibilidad de proveerles el alimento para que sobrevivieran.

La perra había sido cruel con sus cachorros por amor, el viejo había sido cruel por avaricia. En su obsesión consideraba que desperdiciar una migaja de pan era un pecado; más valía lamerla con la lengua y su dedo pulgar, así nada quedaba de sobra ni para los pobres, ni para los pájaros, ni para la perra.

Entonces, amor y crueldad eran, pues, propias de animales y humanos y dependía del uso de los mismos para saber si se abrirían paso al camino de la vida o de la muerte.



La perra había sido cruel con sus cachorros por amor...

CAPÍTULO IV

EL ORÁCULO PATERNO

Don Antonio se regocijaba en su placer sádico; se complacía lastimando a los indefensos hasta hacerlos sentir como perros debajo de la mesa.

¿Qué podía hacer la perra ante su amo malvado, del cual dependía su vida?

¿Qué podían hacer las plantas, que también sufrían por el agua mínima, o ninguna agua, que les proporcionaba, cuando su dueño prefería sentarse en la silla de su jardín, esperando a que lloviera o a que algún rocío matinal les proporcionara un poco de humedad?.

Con semejantes cuidados, muchas plantas habían muerto, en tanto que otras sobrevivían por obra y gracia del espíritu santo.

¿Pero, de dónde venía esa actitud de avaricia extrema que se manifestaba en don Antonio?

Al parecer el origen estaba en su padre quien, siendo don Antonio muy niño, le había inculcado que: "en su casa no se debía desperdiciar nada".

Con ese criterio tenía la costumbre de comprar siempre lo más barato, lo que más pronto se echaría a perder, y lo que comería él mismo a pesar de las malas consecuencias para su salud.

Contaba su hijo que, un día, con un sorbete de plástico, había comido un kilo de plátanos podridos.

El oráculo del padre, su mandato, estaba presente ahí; como un Gran Dios omnipotente, le ordenaba el camino a seguir, su orden era un Deber ineludible a seguir, un camino trazado ineludible, un signo trazado y sellado sin cuestionamiento, sin crítica, sin voz, sin escape.

En don Antonio no hubo capacidad crítica para desestimar semejante estupidez, permitiendo que se apoderara de él una especie de goce místico, una pulsión de muerte al lastimar a los demás.

Mataba a los otros tratándolos no como a seres humanos sino como a objetos de desecho, pero él también se mataba a sí mismo, y así, el circuito infernal de muerte se repetía una y otra vez.



“En su casa no se debía desperdiciar nada”...

Esta forma de actuar, marcada como un sello de identidad con tinta imborrable, se repetía en la comida y en las horas de la comida.

Tamara trataba de no comer nada en casa de don Antonio; sólo cuando éste la invitaba a algún restaurante, con las restricciones del caso, podía ella consumir algo de precio módico, no langostinos, ni pescados caros.

Su casa lujosísima, contaba con un parrillero en el jardín para realizar invitaciones a los amigos de alta sociedad, de los cuales, por supuesto, la mayoría jugaban deportes cultivados por la élite ciudadana.

Ellos venían encantados ante la perspectiva de disfrutar de trago y comida, sin conocer que su anfitrión les tenía reservada una comida guardada o, por lo menos, sólo la mitad fresca.

Tamara optó por participar en las reuniones descartando la comida mala y agregando, de alguna manera, otra en mejores condiciones.

Alguna vez tuvo que llevar en su cartera un lomo fresco para luego realizar el respectivo trueque, de uno verdoso y mal oliente por otro rojo y sin ningún olor a carne descompuesta.

Cosa parecida ocurría con la verdura que compraba, sobre todo con la lechuga de cuarta calidad, y que adquiría con regateo en el mercado.

Tamara, con mucho ingenio, se daba mañas para que la comida saliera fresca y esplendida, pero un día no pudo cumplir con ese propósito porque, cuando llegó a la casa, don Antonio y su hijo ya estaban preparando la parrillada.

Ella, no sabía cual parte de la comida estaba pasada, y decidió comer lo menos posible; sin embargo un chorizo con apariencia de bueno la llevó a contraer una salmonelosis tremenda, acompañada de su caravana de vómitos y dolores estomacales, al extremo de que tuvo que acudir a una amiga para que la socorriera en su desgracia culinaria y la llevara a un centro de salud.

Su mente no podía entender el siniestro y oculto afán de don Antonio, de ocasionar daño a la gente.

Dañaba a los animales, a las plantas, a sus propios amigos, varios de los cuales debieron estar en las mismas condiciones que ella, luego de la parrillada del domingo.

¿O tal vez el trago los había protegido? ¿O quizás culparían al trago por su indisposición?

¿Qué sabían ellos de que, en aquella casa lujosa y perteneciente a un don aristocrático, se incubaban y manifestaban crueles instintos destinados a dañar a las personas?

¿Qué voz oculta y siniestra ordenaba a don Antonio ser cruel y disfrutar de su sadismo?

Él mismo consumía la comida en mal estado, o en demasía, y luego iba al baño a vomitarla.

El placer consistía en comer y luego vomitar, como lo hace habitualmente una persona anoréxica.

El extraño ritual de comer y devolver los alimentos repetidas veces, se reflejaba en un cuadro de un santo, colgado en el comedor de visitas, sufriendo por comida, y cuya mirada se dirigía exclusivamente a la silla de cabecera que ocupaba Don Antonio.

La pintura lo identificaba perfectamente, a él y a su gozoso martirio con el tema de los alimentos.

CAPÍTULO V

LA PULSIÓN SADOMASOQUISTA A FLOR DE PIEL

Don Antonio comentó a Tamara que su madre murió cuando él tenía 13 años y que su padre, sádico, golpeaba a su otro hijo que le había salido medio tonto.

Incluso había llegado a contratar a un matón que, con el argumento de educarlo, le sacudía tremendas palizas.

El padre se había vuelto a casar y a él lo habían mandado a un internado donde la comida escaseaba y donde conseguir un pedazo de pan constituía una hazaña para los adolescentes que podían hacerlo.

Esta sucesión de hechos mostraba que don Antonio había sido un chico demasiado sufrido, y que ese mismo sufrimiento intentaba infligir a los seres de su entorno.

Comentaba su sobrina que con sus hijos había actuado como un padre castrador, es decir les daba algo que luego les arrebatava de algún modo. La suma y la resta estaban a la orden del día en su casa en el extranjero.

A ello se había sumado un alcoholismo con características graves, ya que cada noche tomaba por lo menos media botella de whisky, o una de vino acompañada de galletitas y quesos franceses.

El sado-masoquismo estaba presente como síntoma principal en su vida y, de alguna manera, significaba su propia satisfacción y destrucción a la vez, recordando al Marqués de Sade y su mecanismo psicológico de renegar de la castración.

¿Cómo podía, este padre, dar y quitar al mismo tiempo a sus hijos, frutos de su sangre? ¿Cómo podía utilizar el reforzamiento condicionado para obligarles a hacer algo? ¿Cómo podía darles un doble mensaje? ¿Qué clase de chicos podían formarse con el mensaje que les entregaba? ¿Qué tipo de rencores y afanes de venganza tenían ya ellos almacenados en sus corazones, y que se manifestarían con sus propios hijos y amigos?.

Sin embargo todos respetaban y admiraban al caballero, por el dinero que tenía, haciendo verídico aquel dicho: “dime cuánto tienes y te diré cuánto vales”.



*Tamara observó la transformación
del retrato de don Antonio.*

Disfrutando con él en las fiestas y reuniones sociales, la gente no sospechaba la real personalidad de aquel señor aparentemente tan destacado, tan culto que hablaba varios idiomas y así la mascarada alcanzaba su plenitud.

Desde su discreta posición, Tamara observó la transformación del retrato de don Antonio.

En algunos momentos el retrato era él y en otros el retrato de Dorian Gray; a ratos el Marques de Sade en persona, después era un mártir católico, y luego la muerte andando.

La metamorfosis de su alma caminaba por diferentes laberintos de pulsiones; sin salida, sin desatar ningún nudo pasaba del goce oral, al anal, al escópico y al invocante, como un bicho raro que compartía el denominador común de la especie de los pervertidos.

De cualquier manera, el sol sale para todos, para roñosos y para magnánimos, para pobres y para ricos, para necios y para inteligentes, para neuróticos, perversos y psicóticos, y hasta para don Antonio.

Sus rayos calientan el planeta sin distinguir razas ni colores, aunque ahora con un poco más de intensidad por el calentamiento global, que parece que conducirá a la humanidad a la guerra y a tremendos enfrentamientos por la escasez de agua y alimentos.

Lo paradójico es que hay perversos que saben lo que es conveniente para nuestro planeta y sin embargo lo rechazan, despreciando lo que la naturaleza nos ha dado con tanto afán durante muchos años.

No entienden la sabiduría de aquel dicho que señala que Dios perdona siempre, el hombre a veces, y la naturaleza nunca.

Que llegar hasta dónde hemos llegado es el producto de la evolución de miles y miles de años, que ahora están siendo pisoteados.

La metamorfosis del alma, la metamorfosis del planeta.

¡Hombres necios que no quieren mirar lo que está en sus narices!.

Hombres enceguecidos por la vanidad del alma, que niegan la vida y que están muertos en vida.

¿Por qué arrastran al fango a otros que desean vivir?

¿Por qué contaminan con el lodo de la muerte a los que siguen el camino de sus deseos por el sendero de la vida?.

¿Por qué se deleitan con su crueldad?

Piensen: ¡El ataúd no tiene bolsillos!

¿Qué se llevarán a la tumba?

Por supuesto ni un mendrugo de pan, ni soldados de arcilla, ni tesoros terrenales, ni oro, ni plata, ni cuerpo, ni alma, pues el más allá solo es polvo estelar.

La fuerza del destino es implacable para los avarientos, para los ambiciosos desmedidos, porque ella no recae en un agujero negro, ella recae sobre el propio sujeto haciendo que las cadenas de muerte en sus vidas truenen todos los días como si fuera el tridente de Zeus enojado, haciendo que el mar absorba la tierra y desaparezca la vida del planeta por completo.

Los verdugos han disfrazado la crueldad; la han mimetizado de muchas maneras; han salido a las calles del carnaval de Venecia con muchas máscaras y ropa colorida para darle otra imagen, otra sazón.

Incautos.

¿No saben acaso que la vida es un boomerang?

Tarde o temprano se paga lo que se hace, y siempre está vigente el dicho que señala que el bien que haces hoy día, mañana será para ti.

Están lejos de comprender lo que B. Spinoza nos recomienda en su libro sobre Ética: “A los hombres libres los une la amistad, la gratitud, los deseos adecuados, y guían a los demás conforme al juicio de la razón en su punto medio, y hacen lo que saben; es primordial para el bienestar común”.

SEGUNDA PARTE: FACUNDO - EL FALSO CURA



*Prefirió la carne de una mujer joven
y no el cuerpo de Cristo*

CAPÍTULO I

EL FALSO CURA

La fuerza del destino tocó esta vez la puerta de otro ridículo avariento, al que un amigo de la familia le puso el sobre nombre de “Falso Cura”.

El sobrenombre le vino porque un tiempo atrás había estado estudiando para sacerdote en la ciudad de Cochabamba, a donde se había trasladado desde Sucre, pero cuando llegó el momento de dar sus votos al Señor, se los dio a una mujer más joven que él, postergando todo lo que podía haber sido su vocación sacerdotal, prefirió la carne de una mujer joven y no el cuerpo de Cristo.

Después de ello todos sus deseos y ambiciones quedaron enmascarados en un comportamiento avariento, reforzado por sus diez años de austeridad aprendidos en el Seminario.

El tipejo realizaba siempre viajes al exterior; iba solo, y volvía sin ningún presente para su familia, sólo traía las fotos que delataban su vanidad pululando por lugares hermosos que ni el mismo imaginó conocer.

Lo mismo que los viajes, otros placeres de la vida los reservaba para sí, alentando su narcisismo y haciendo crecer una suerte de ego manía que empequeñecía su alma.

Dejando la dependencia de la iglesia católica, que le aseguraba un futuro libre de apreturas, por lo menos para no morir de hambre, pasó, sin ningún escrúpulo, a la profesión inmoral de prestamista, llegando con el tiempo a ser un usurero a carta cabal, cobrando intereses muy altos que descontaba de entrada, al momento de conceder el préstamo.

Su mujer y sus dos hijos poco sabían de esas andanzas comerciales, pues él salía de casa con el discurso de ir a dar clases de teología dirigiéndose, en cambio, a una tienda de antigüedades donde concentraba sus actividades.

Al salir de su casa, dejaba contado el pan y las cucharillas de azúcar que se debían utilizar en el día. Si alguno quería comer algo más de lo establecido, simplemente debía aguantar, distraer el estómago, o rezar para alimentar el alma olvidándose del cuerpo.



*Al salir de su casa, dejaba contado el pan y las
cucharillas de azúcar que se debían utilizar en el día.*

CAPÍTULO II

LA AVARICIA LLEVADA AL EXTREMO

En una ocasión, cuando el Falso Cura había salido de viaje, su esposa, María, y su hermana, Concepción, fueron invitadas a la fiesta de Teresita, una entrañable amiga de ambas.

Pasaron la fiesta comiendo, tomando unos tragos y bailando y, al final, se fueron juntas a la casa de María para acompañarse y pasar la noche, aprovechando que el marido estaba ausente.

Sentada, en la cocina comedor, y profundamente compungida, Concepción se dio cuenta de que su hermana seguía utilizando, para tomar agua, unos vasos de hojalata, que habían sido comprados al comienzo de su matrimonio.

Sobre la mesa se hallaba una fuente con unos cuantos duraznos y plátanos casi podridos, y algunas paltas también en mal estado.

De lejos se advertía que el miserable tipejo compraba lo peor del mercado, luego de un largo regateo. La austeridad de su instrucción militar - sacerdotal, seguía marcando su vida familiar.

La voz siniestra del oráculo le había advertido: "hijo, nada de sexo, nada de comida, mejor entra a tu cuarto y date con el látigo, y luego dale con el látigo a tu familia; que coma lo peor de lo peor, total, tendrán que aguantar callados como tú aguantaste tus sufrimientos en el seminario y en tu niñez; y que sea así hasta el fin de los días, amén", y él seguía fiel al oráculo: Hay que ahorrar y ahorrar, nada de crisis, hay que cerrar cualquier posible brecha entre la tierra y el mar.

María llevó a su hermana al dormitorio, y allí Concepción se dio cuenta de que la situación volvía a repetirse.

Las mismas sábanas de 25 años atrás; la misma ropa vieja de su hermana; su misma ropa interior, semejando trapos rotos, colgando del armario.

Lo más detestable del tipejo era que tenía mayor consideración por la empleada de la casa que por su propia esposa e hijos.

A la sirvienta la había puesto en un plano superior, entregándole todo el poder para el manejo del dinero, la casa y las decisiones sobre lo que se debía comer o no.

Esta relación había terminado en lo que tenía que terminar, con la empleada embarazada por obra y gracia del espíritu del dueño de la casa, y con la consiguiente solución al problema que consistía en el despido de la empleada y en la desaparición del niño al que se le negaba la manutención.

No era difícil imaginar que esa mamá y ese niño iban a reaparecer algún día, cuando el roñas muriera, o se divorciara, reclamando una parte de su herencia, por ello ni oír de separaciones de la boca de su mujer.

El Falso Cura, analizando lo que cuesta la atención de una criatura en leche, pañales o consultas pediátricas, determinó que la empleada simplemente desapareciera de su vida, contentándola con una pequeña suma mensual, y punto.

Razonó que esa era la mejor solución, la que no lo distraería de lo que consideraba principal; servir al señor dinero y seguir en su ritmo de ahorro diario, semanal, anual, en la vigilia y en el sueño, en los días de trabajo y en los días festivos, sin tregua todos los días contaría hasta el último centavo incluyendo el séptimo día de descanso, de su creencia bíblica, que lo subvertiría en día obligatorio de trabajo.

CAPÍTULO III

EL HOMICIDIO

Ocurrió que un día, este personaje de los tres nombres, vale decir, el Falso Cura, el Roñas y el Tipejo, no volvía de uno de sus viajes.

Su esposa, María, se preocupó porque la tardanza era excesiva, y envió a su hijo Sebastián a realizar algunas averiguaciones.

El hijo pasó, primero por la universidad y allí la secretaria de la carrera le comunicó que, desde hacía varios días, había faltado a sus clases, lo cual era raro, porque el Falso Cura tenía una especie de adoración por sus alumnos, de los cuales decía que con su juventud le daban fuerza y un soplo de aire fresco a su vejez.

Después de esas averiguaciones, el hijo se fue por la tienda de antigüedades y la encontró cerrada con los dos candados de siempre, y entonces regresó a su casa a informar a su madre.

Como era natural, la inquietud creció ante esta falta de noticias.

¿Qué podía haber pasado?

¿Que había decidido tomarse unos días más de viaje?

La familia determinó darse un poco más de tiempo antes de adoptar otras medidas y, quien sabe, disfrutando de la ausencia del padre que, antes de irse, como era habitual, había dejado contadas las cucharillas de azúcar, los panes que se iban a comer, y el rollo de papel higiénico, de color rosado intenso, para el uso del baño.

María, sobre todo, agradecía que, por lo menos por unos días, no estuviera el marido zahiriéndola con sus pullas sobre su vejez o sobre su gordura y lamentándose de los gastos de la casa.

Pero pasó el tiempo, y ya fue necesario reactivar la búsqueda con medidas más urgentes.

María volvió a la universidad, lugar a donde ya había acudido su hijo, y allí encontró la misma respuesta.

Su marido había abandonado absolutamente sus clases, sin dar ninguna explicación...

Con un presentimiento oscuro se encaminó a la tienda de antigüedades, y entonces encontró una respuesta a su inquietud, con el olor fétido que sintió al acercarse a la puerta.

Algunos vecinos se acercaron y le comentaron que ese olor venía ya de unos días atrás y le sugirieron llamar urgentemente a la policía.

María decidió pedir ayuda a la patrulla más cercana pero, al mismo tiempo, contrató a un cerrajero para abrir los candados.

Entró, pidiendo al cerrajero que la acompañase, tapándose fuertemente la nariz con un pañuelo, y observó unas manchas marrones en el piso, cerca del escritorio.

Impactada pensó que su marido había sido asesinado, y entonces quedó un poco fuera de sí, mientras varios sentimientos contradictorios la invadían incontrolables.

Primero, una sensación de liberación, intuyendo que el marido muerto ya no estaría para someterla a su presión diaria, ni para abrumentarla con sus dardos sádicos e hirientes contra ella y sus hijos.

De pronto, sintió un impulso de culpa y arrepentimiento por haber dado cabida a esa idea: del muerto sepultado, y ella viuda feliz,; la sacudió de los pies a la cabeza y aceleró el pulso de su corazón, la hizo transpirar y la dejó casi sin aire, casi sin pensamientos ni sentimientos.

Nerviosa, con el corazón golpeándole fuertemente, sin considerar la imprudencia de sus pensamientos, recorrió el pasillo que daba a la trastienda y echó una rápida mirada a los objetos existentes, algunos de mucho valor.

Un reloj cucú, cucharas y pescados de plata, jarrones chinos de porcelana pintados a mano, cuadros restaurados que mostraban arcángeles.

Otras manchas marrones, secas, la encaminaron a un armario grande cerrado también con dos candados, donde la fetidez del aire era ya insoportable.

María pidió al cerrajero que hiciera saltar los candados del mueble y entonces una alfombra enrollada, con algo adentro, cayó pesadamente al piso.

El cerrajero lanzó un grito y saltó hacia atrás como un saltamontes ante una iguana.

Ella reconoció, dentro de la alfombra, el saco de su marido, y entonces ambos salieron gritando de la tienda de antigüedades como si hubiesen visto un fantasma.

Alarmados por los gritos los vecinos se aglomeraron en la calle, y rápidamente se extendió la noticia: ¡un crimen ha sido perpetrado en la tienda!

Rápidamente también, comenzaron los comentarios.

“Era un usurero”, “abusaba de sus clientes”, “no tenía piedad en el momento de cobrar”, decía la gente.

“Sí, agregaba una señorita, yo lo vi maltratar a un joven que se había prestado dinero para una urgencia”

“Algún día le tenía que pasar algo así”, sentenciaba otro vecino.

“Pero, ¿quién lo mataría? ¿Algún ladrón común o alguno de sus deudores?”

“Yo sentía el olor, dijo un vecino, pero pensé que venía de la canaleta, o de algún perro muerto que estaba por ahí botado”.

La policía entró en acción, recogió indicios y testimonios, y poco a poco fue revelando la historia del crimen.

Una historia que, increíblemente, involucraba a una pobre señora que ya iba entrando en la ancianidad, y a la cual veían los vecinos llegar a la tienda, no a comprar ninguna antigüedad, sino a prestarse dinero o a pagar, por lo menos al comienzo, los altos intereses de su préstamo.

Tenía seis hijos y tantas necesidades como el sostenimiento de sus hijos podía suponer.

Había perdido un pequeño empleo, agotado sus pocos recursos y, de ese modo, de forma inevitable, había caído en las manos del prestamista.

Una historia conocida que en ella se repetía una vez más.

El día del crimen, doña Flora, que así se llamaba la sospechosa, había llegado a la tienda con el afán de pedir una prórroga para el pago de sus intereses.

Una prórroga que, con seguridad, se iba a convertir después en otra prórroga, dada la pobreza extrema que la mujer estaba enfrentando.

Confiaba en que, con ruegos, podría suavizar al usurero para que accediera a su pedido pero, ese día, el usurero estaba de muy mal humor.

Furioso, al escuchar las explicaciones y el pedido de doña Flora, rechazó toda posibilidad de esperar más tiempo, y reclamó el pago de sus intereses.

Gritó que ya había esperado seis meses, y luego siguió gritando fuera de control, llenando de insultos a la mujer.

Ella, a pesar de su humildad, al verse tan maltratada, reaccionó y le reclamó por sus altos intereses, y dijo que lo iba a denunciar, y entonces el usurero reventó en rabia.

Golpeó un mueble, la trató de malagradecida, le dijo que era una descarada, hizo caer un jarrón que se despedazó, lo cual lo enfureció más; pateó otro mueble y luego, cosa increíble, agredió físicamente a doña Flora propinándole un puntapié y un golpe en la cara.



Golpeó el sable con el pecho y sintió que se le hundía y llegaba sin obstáculos a su corazón...

Doña Flora, con la nariz ensangrentada, se desesperó ante el brutal ataque y, llorando, asustada al extremo, creyendo que aquel hombre la podía matar, buscó con qué defenderse, y entonces el destino puso en sus manos un viejo sable que había pertenecido, sabe la vida, a qué militar de los de antaño.

Tomó el sable, buscando golpear la cabeza de su agresor; éste, rojo de ira, se le fue encima con un puño levantado, en el mismo momento en el que ella bajaba el arma.

Sin poder detenerse en su impulso, el Falso Cura golpeó el sable con el pecho y sintió que se le hundía y llegaba sin obstáculos a su corazón, el cual dejó de latir al instante.

Incrédulo, con la ira reflejada en sus ojos, con la cara congestionada al extremo, sintió que su cabeza se conmocionaba, que sus piernas ya no le sostenían, y que la luz se iba para siempre de sus pupilas.

Cayó el usurero de bruces y quedó quieto, ante la atónita mirada de doña Flora.

Luego...luego pasó el tiempo...

Doña Flora no supo si eran minutos u horas los que permaneció mirando el cuerpo sin vida del usurero.

Soltó el sable que había seguido sosteniendo con la mano apretada como una garra, se limpió la sangre de la cara con un pañuelo y fue sacudida por un acceso de llanto.

Después se tranquilizó un poco, y sólo pensó en correr a su casa a encontrarse con sus hijos mayores, para relatarles lo sucedido.

Rogando a Dios que nadie llegara, tuvo fuerzas para apagar las luces de la tienda y para salir.

En su casa comentó lo ocurrido con su hijo mayor. Pensó en que debía acudir a la policía a explicar lo que había pasado, pero su hijo la detuvo, aterrado ante la posibilidad de que encerraran a su madre.

Sin razonar mucho la convenció para que regresaran a la tienda y miraran la forma de deshacerse del cadáver.

Temblosos llegaron al lugar, temiendo que el crimen se hubiera descubierto, pero se calmaron al ver que por el sitio no había nadie.

Protegidos por las sombras de la noche, que ya había caído, se dieron ánimos para entrar a la tienda.

Un perro aullaba a lo lejos, en aquel pueblo donde, como gallinas, todos se iban a dormir temprano.

Madre e hijo, dentro de la tienda, discurrieron en voz baja sobre lo que podían hacer, y determinaron envolver el cuerpo en una gruesa alfombra que se hallaba apoyada en una pared.

La pusieron en el suelo, la desenrollaron, levantaron el cadáver que tenía el pecho empapado en sangre, y lo envolvieron sin mucha dificultad. Pensaron luego en sacarlo de allí, pero la empresa se les hizo muy difícil; entonces determinaron dejarlo escondido en algún lugar.

¿Dónde?

Un armario grande y antiguo se mostró ante ellos como el mejor sitio.

Sin pensar más abrieron el armario, arrastraron el cadáver, lo levantaron con mucho esfuerzo, y luego lo encajaron, parado, en el mueble, después de desocupar algunas telas antiguas preferidas para retapizados de muebles antiguos.

Luego decidieron irse del sitio lo más rápidamente posible.

Al salir encontraron varios candados junto a un grueso manajo de llaves.

El hijo tomó dos y con ellos cerró el armario.

Llegaron a la calle, cerraron la puerta y, para evitar más sospechas, la aseguraron con otros dos candados.

Después se marcharon, asustados, casi corriendo, y rogando a todos los dioses posibles en existencia, que el crimen no fuera descubierto.

Sus mentes alteradas no reflexionaban en aquellos momentos, en la gran cantidad de huellas que habían dejado en el escenario del crimen, las cuales harían fácil su detención.

En efecto, a los pocos días, la policía se encontraba en la casucha de doña Flora y ella y el hijo eran arrestados.

Cuando se fueron conociendo los pormenores de la muerte del usurero, nadie lo lamentó; por el contrario, los comentarios favorecían a doña Flora, aunque sin restar gravedad al hecho de sangre.

“La ha debido abusar hasta el extremo”, decía alguna gente.

“Si, argumentaban otros, pero nada justifica un crimen”.

“Ahora, ¿cuántos años la encerrarán?, preguntaban otros terceros, lamentando el destino tan terrible que le esperaba a la mujer y, particularmente, a sus hijos.

Fue en esas circunstancias, y como movido por una fuerza superior, que apareció un abogado defensor de pobres.

Se enteró de los antecedentes y decidió defender a la mujer, iniciando un proceso para que no hubiera condena y, si la había, que fuera la menor posible.

CAPÍTULO IV

EL ZAPATAZO PSICOLÓGICO

Convencido de que doña Flora nunca había tenido la intención de eliminar al Falso Cura, el abogado organizó una buena defensa.

Describió la situación de pobreza de doña Flora y cómo se vio obligada a aceptar las condiciones usureras del Falso Cura, el cual cobraba intereses que excedían la norma legal.

Demostró, en la reconstrucción del hecho, que la muerte había ocurrido de manera accidental, sin que hubiera existido ninguna intención de provocarla.

Alegó la falta de educación, el maltrato del usurero a sus clientes y, por último, la irresponsabilidad del Estado frente a los más necesitados y pobres.

El abogado triunfó en el caso cuando, en su alegato, hizo referencia a la avaricia como a una de las enfermedades más graves, y que lleva a los que la padecen, a tener delirios de grandeza.

Los avarientos, explicó, desean tener el poder del dinero y con ello sentirse reyes frente a príncipes y al populacho, a los que extorsionan de una y otra manera para llenar su arca de Noé de tesoros de oro y plata, hasta que el mito del Rey Midas cobre vida.

Prefieren poseer el oro y la plata aunque, como en el mito, no puedan comer ni beber por mucho tiempo.

Según su razonamiento todo, absolutamente todo, tiene que tener un valor económico, y cada noche cuentan las estrellas, pensando en que son de oro y plata y en que son suyas, lo mismo que los dólares o las esterlinas; el dinero, money, es para ellos el valor supremo, el ahorro el valor súper supremo, comparados, los dos, a la omnipotencia que les insufla su ego manía, y que les hace sentirse protagonistas de batallas históricas, a ver quién es el vencedor y se lleva el botín.

Y cada día el dinero circula por los escaparates para ser desempolvado y lustrado para que brille más y más ante la mirada de sus dueños, siendo aquello lo único que les produce gozo y placer.

Al diablo con la mujer, con los hijos, con los amigos, solo vale lo que reluce como oro y plata, los cacahuates no cuentan para nada en esta historia.

María en su casa preparó el velatorio y el entierro del marido.

Todos los presentes cuchicheaban sobre el incidente de la muerte y emitían las más diversas opiniones.

Que se lo tenía bien merecido, que hubiera sido mejor que fuera cura, que la vida lo había castigado por todo el sufrimiento que inflingió a su familia, que murió en hora buena o que murió en hora mala, que ahora aparecerían los hijos ilegítimos, que el tipejo no era tan mala persona...

María, en lo íntimo de su ser, muchas veces deseó verlo muerto; gastar al por mayor su dinero en viajes; vengarse del tipejo que la había tratado tan mal a ella y a sus hijos, pero ahora frente al ataúd, no atinaba más que a llorar y llorar.

Claro, con tantos años de martirio se podía pensar en que estaba acostumbrada a una especie de masoquismo grato que difícilmente la dejaría libre; al muerto se lo llevo el diablo, a María el legado del sadomasoquismo impuesto por años de sumisión servil, queda la pregunta: ¿llegaría a superar su deseo por el sufrimiento placentero?

Aunque el tipejo ya estaría pronto bajo tierra, la voz siniestra de su inconsciente le impediría desprenderse de la sombra del marido, del zapatazo psicológico que le prodigaba cada día, que hacía que ella y su familia comieran el pan amargo que él dejaba contado.

Quien sabe en algún momento se daría cuenta de que el tipejo, mucho antes de morir físicamente, había estado con el alma muerta para con su familia, a la que obligaba, justamente, a compartir la muerte y no la vida.

Probablemente por mucho tiempo se acomodaría al estilo de vida del muerto en vida; el reto consistía en que, al final, la vida triunfara sobre la muerte y María no sólo mandara al infierno de Dante a su marido, sino que tuviera la capacidad de desprenderse de toda culpa, de todo sufrimiento, y mandara también a rodar su propio sadomasoquismo, para volar libre sin el fantasma del Falso Cura.



*no atinaba más que
a llorar y llorar...*

TERCERA PARTE: EL ORO DE COROCORO

CAPÍTULO I

EL COLOR BLANCO

La cholita paceña, de cara redonda, con sus polleras de colores atadas a la cintura, su manta con flecos grandes, sus zapatos pequeños y su sombrero de copa alta, se muestra como la figura legendaria de la mujer trabajadora y sufrida, en la zona del altiplano de la Paz, Bolivia.

Su compañero se caracteriza por ser el mero macho, el cazador que se puede mover de acá para allá, y tener varias mujeres e hijos, y no comprometerse seriamente con ninguno.

Las manos morenas de Ubaldina, a la que todos preferían decir Uba, tostadas por el sol, de color canela, relataban una historia de muchas siembras infatigables por los diferentes surcos de la vida.

Desde los 10 años, siendo una niña, había empezado a trabajar en la casa de una familia acomodada de la zona de Obrajes, en la ciudad de La Paz.

La patrona, la señora Julia, tenía una fijación muy peculiar con la limpieza.

Toda la casa tenía que, además de estar limpia, vestirse de blanco.

El significante limpio salía a flor de piel; el significante placer sexual quedaba oculto bajo piel y se vestía y revestía de blanco en toda ocasión posible denotando una formación reactiva alimentada por el Asco como síntoma histérico por excelencia.

Uba limpiaba la casa de rincón a rincón; desempolvaba de esquina a esquina; planchaba impecablemente la ropa, toda de blanco; sus sábanas y acolchados eran blancos como la supuesta pureza de corazón y mente de doña Julia.

Al medio día, la mesa para el almuerzo debía tener manteles blancos y ella misma, Ubaldina, debía servir con un delantal blanco, guantes blancos, zapatos blancos, medias blancas, cinco polleras de color blanco y, cosa extrema, hasta un polvete blanco en la cara.

Vestida así no era ni nada más ni nada menos que la Blancanieves de la ciudad de El Alto, vecina a la de La Paz.

Lo cierto era que Uba fregaba y refregaba platos, ropa, pisos a fin de que todo quedara immaculado, sin pecado y sin manchas de ningún tipo. Y si, por ahí, alguna manchita se escapaba al ojo de la empleada, la señora Julia entraba en unos ataques parecidos a la epilepsia.

La dueña de casa en sus ataques se desmayaba, mordía lo que encontraba a su alcance, y se propinaba golpes en el cuerpo, que hacían pensar en que Satán había entrando en contacto con ella.

En sus calenturas extremas se quemaba las palmas de las manos con el fuego de la hornilla de la cocina, o se la veía andar de rodillas alrededor de la mesa del living hasta que las mismas sangren cumpliendo el castigo merecido por pecadora, por experimentar deseos sexuales tan sólo con el pensamiento.

Ante semejante espectáculo, a la cholita de cara redonda y manos tostadas, no le quedaba más remedio que hacer las cosas tan bien hechas, que todos los días se iba a dormir a las tres de la mañana, y a las siete ya estaba en pie para obedecer las ordenes de su ama.

La cholita, casi enferma, decidió un día irse de esa casa, sintiendo que durante cinco años su ama la había explotado: limpie que te limpie los pisos y los baños, friegue que te friegue la vajilla, sus manos quedaron ora ampolladas ora lustrosas ora doloridas.

Y no sólo explotada, sino hasta mirar con recelo y cierta rabia el color blanco; qué sabía Uba de los quehaceres del inconsciente, que se repetían como un volcán productor constantemente de lava destructora, si de ella sus únicos afanes eran los de la casa en general.



*Vestida así no era ni nada más ni nada menos que
la Blancanieves de la ciudad de El Alto*

CAPÍTULO II

EL ROBO

El cisne moreno, disfrazado de blanco, desoyendo al hermano mayor que le había ordenado "aguantar, nomás", a su ama loca por el blanco, huyó una noche de la casa y se instaló en la ciudad de El Alto, un lugar poblado por gente, mayormente pobre, llegada particularmente de las provincias de La Paz.

Allí conoció a un muchacho peruano que le susurró al oído un futuro de felicidad y bienestar perpetuo, y ella accedió a casarse con él y la incauta, gastó todos sus ahorros en una fiesta a la que invitó a toda su familia que pertenecía a la cultura Kallawaya.

Bombos y tarcas sonaron toda la noche, interpretando temas como Wirsu kapachu, Pueblito e Chari, Kaluyo llajtaymanta, y otros ritmos, herencia de sus abuelos machulas.

En las rondas de baile a las mujeres se las reconocía por su vestimenta con colores negro, verde y rosa profundos llevando, las líderes, cucharas de plata engarzadas en su vestimenta delantera como símbolos de la productividad, además de unos ponchos rojos con rayas de colores, y unas huinchas en la cabeza con adornos kallawayas.

Los varones llevaban pantalones negros, camisas celestes, ponchos rayados también de diferentes colores, sombreros blancos con una tira alrededor, con símbolos kallawayas, y abarcas en sus pies

El sonido de la tarca se asemeja a las piedras del altiplano y al ulular del viento; es una música que convoca a la Pachamama, en una mezcla de vida y tristeza, ya que los pueblos indígenas en Bolivia se caracterizan por su gran entrega a la naturaleza y por vivir con lo que ella les da.

Después de tres días de festejos, la fiesta llegó a su fin puesto que se terminó la cerveza y todos regresaron al pueblo de Chari de donde habían venido.

Uba, encantada por haber contraído matrimonio con un peruano buen mozo, dormía profundamente por efecto de las copiosas dosis de alcohol que había ingerido en los días pasados cuando, de pronto, se despertó.

Quiso tocar el cuerpo amado y deseado de su marido y cuál fue su sorpresa que no lo encontró; abrió más los ojos para averiguar a dónde podía haber ido, y entonces notó que algo raro había pasado.



*Quiso tocar el cuerpo amado y deseado de su marido
y cuál fue su sorpresa que no lo encontró*

El cuarto estaba vacío, mirando alrededor se percató que no estaban los regalos, ni la manta de alpaca que le había costado una fortuna, ni el sombrero de raso, ni sus zapatos especialmente diseñados para el matrimonio, ni la chuspa con el dinero, ¡y tampoco estaba el marido!

El mozo peruano, llamado Sabino, le había robado todo, esfumándose de la habitación nupcial y yéndose quien sabe a dónde.

Aturdida, sola, incrédula, sin capacidad para reaccionar, Uba se sentó en la cama y lloró desconsoladamente.

Después, poco a poco, salió del asombro y entró a un estado de ánimo de plena indignación. Humillada, prácticamente en la calle, analizó su situación y comprendió que no le quedaba otro camino que volver a buscar trabajo.

Varios días estuvo en esa faena hasta que, por su buena suerte, encontró una nueva patrona a la que no le gustaba quedarse sola por las noches, cuando el marido salía a trabajar y, por acompañarla, le pagaba horas extras.

Contenta en su nuevo puesto, fue logrando un ahorro pensando en que, con el tiempo, podría comprarse un terrenito para construir, en algún momento, su propia casa, algunos cuartos que la cobijaran del frío alteño.

Sin embargo, antes de que ello ocurriera, más exactamente a los tres meses de haberse colocado en su nuevo empleo, se percató de que estaba embarazada.

Preocupada le confesó su estado a la nueva dueña la cual, conociendo su historia, la apoyó y así fue como, seis meses más tarde, nació una niña a la que dieron el nombre de Abigail.

Uba la mamá y Abi la niña se quedaron diez años en la nueva casa, recibiendo un trato diferente a la de la señora fanática por el blanco, sin embargo las cosas no iban a seguir así por mucho tiempo más.

Sin que nadie le llamara, en el destino de Uba apareció otro hombre que también le endulzó los oídos, sabe dios como se dice con que palabras que la convenció de corazón y girando primero las polleras y luego el calzón como un girasol, terminó llevándosela a vivir con él.

Se trataba, esta vez, no ya de un peruano sino de un paceño llamado Juvenal, y que se dedicaba, según decía, a la actividad minera.

Buscaba oro el tal Juvenal y se refería, de tanto en tanto, a un lugar llamado Coro Coro que, de acuerdo a sus promesas y a sus sueños, un día los iba a hacer ricos.

"Pronto tendremos el oro de Coro Coro", decía Juvenal y, con este argumento, se ausentaba por plazos muy largos a sus trabajos supuestos en la mina cuyo socavón lo llamaba hasta en sueños.

Uba, al comienzo, creyó en la historia pero, con el tiempo, se fue dando cuenta de que, a su lado, lo que tenía era un

marido mañoso. Un mañoso y roñoso que la llenaba de cuentos y no le daba ni un centavo para sus gastos.

Un sinvergüenza que, por el contrario, le quitaba todo el dinerito que ella podía agenciarse, con la promesa de que pronto se lo devolvería en pepitas de oro.

El peruano y el paceño, pues, habían resultado dos buenas fichas, similares en su machismo, en su cinismo, en su falta de educación, en su avaricia, y en su desmedido afán por dinero, trago y mujeres.

Para esos dos ejemplares de macho, la mujer quedaba relegada a vivir en una permanente violencia de género, enmascarada culturalmente, en la exclusividad de la maternidad.

Quedaba relegada a cumplir con su rol perpetuo de madre, mientras su rol de mujer era definitivamente postergado hasta que la muerte real tocara su cuerpo, sin enterarse siquiera bajo tierra de lo que una mujer como tal puede realizar en la vida, llevando el signo en su cuerpo del machismo y la maternidad.

Un cuerpo de cuyos derechos a lo mejor no tenía conciencia, y un alma con unos sueños y unos deseos que quedaban rotos cada vez que volvía a pensar en que los ofrecimientos de su hombre no se cumplían; se sentía, entonces, como cuando un espejo se estrella contra el piso y se hace añicos.

Un oro prometido que nunca llegaría de la mina de Coro-Coro a la ciudad de El Alto, a su pequeña casa, y que le haría reflexionar sobre el hecho de que, en lugar de creer en quimeras, lo único que podía hacer era buscar sus logros por sí misma.

CAPÍTULO III

EL ORO DE CORO-CORO

En efecto, durante diez años Juvenal le fue prometiendo a Uba que en cualquier momento llegaría con el oro que encontraría en la mina de Coro Coro.

"El oro de Coro Coro es más oro que los otros oros", le decía. Lo que no le avisaba era que él, realmente, trabajaba en una mina ubicada en la región de Coroico, en los Yungas de La Paz, y que Coro Coro no se encuentra en esa zona subtropical, sino en el Altiplano y que sólo producía cobre y no oro.

De cualquier manera, Juvenal la seguía entusiasmando y endulzando los sueños cuando le prometía que con el oro comprarían dos mini-buses, uno para él y otro para ella y, si no, pondrían un negocio de comida ya que Uba cocinaba muy bien platos paceños y bolivianos en general, como

podían ser una fritanga, un plato paceño, un mondongo o un saice tarijeño e, incluso, pizzas y lasañas y otras delicias de afuera.

Ella, en esos momentos de entusiasmo, sentía que se acrecentaba la ilusión mental que se había creado respecto al futuro familiar con Juvenal. Sin embargo, pasaba el tiempo y esa ilusión se fue apagando, porque no había cuándo, en su casa, brillara el oro.

Lo cierto y real, era que con este cuento del oro de Coro Coro, ella ya había criado a cinco hijos: entre los que tuvo con Juvenal y con el peruano.

Y el tal Juvenal seguía, por otro lado, consiguiéndose mujeres que lo trataban como a un hijo, librándolo de la responsabilidad de atender sus deberes de padre y esposo.

Como las cosas no se podían ocultar por mucho tiempo, Uba se enteró de esos trajines; de que allí, en los Yungas, Juvenal tenía otra mujer, una cholita joven que trabajaba con él en la mina rescatando mineral.

Y, entonces, en su cabeza giraba cada vez con más fuerza una pregunta: "si este Juvenal no trae dinero a la casa y tampoco hace que gire el calzón como un girasol, ¿para que sirve este hombre?".

Si hubiera podido estar más cerca de su marido habría visto que Juvenal servía, ante todo, para gastar en trago el dinero



Juvenal sabía que, sin esa protección, en cualquier momento podía quedar enterrado por un derrumbe, y desaparecer para siempre en la mina.

que ganaba, chupaba para entrar a la mina a trabajar; chupaba los martes y viernes junto al dios de la mina, el Tío, a quién le hacía fumar, tomar trago y mascar coca.

A veces, participaba del sacrificio de una llama blanca dedicada a la Pachamama, para que le apoyara en el hallazgo de minerales y para que le protegiera de los riesgos de la mina, de los derrumbes que sepultaba a los trabajadores, y los llevaba al mundo de la muerte real.

Juvenal sabía que, sin esa protección, en cualquier momento podía quedar enterrado por un derrumbe, y desaparecer para siempre en la mina.

Un derrumbe, precisamente, le había destrozado un pie y un hombro pero, a pesar de ello, como minero volvía una y otra vez a la mina, a ganar algo de dinero que sólo servía para sustentar su comida, sólo la de él, y para brindarle aguardiente y coca.

Esta forma de vida, esta irresponsabilidad para con su familia, la había aprendido de su padre que también había sido minero: p'iccheo, coca y alcohol a la orden del día.

Juvenal no tenía razón para compartir algo que no se le había enseñado, así que su avaricia llegó al extremo de ni siquiera entregar el pan de cada día a sus hijos. Se conformaba con que no le faltara el acullico, el trago y los cigarros.

Entregar el cuerpo al diablo, a los dioses, es absurdo, sin embargo es el cuerpo que, como receptáculo, paga todas las deudas de los hombres; es receptor de las ilusiones y fantasmas, de los placeres medidos y de los excesos; es fuente de vida y de muerte; de la certeza de que hay un principio y un final; que el tiempo pasa y nos pasa factura, y que la factura de los avarientos, y de Juvenal, llevaba el sello imborrable de un alma muerta en vida.

Encima de mojado, llovido; el macho alteño no conforme con que Uba trabajase para el sustento diario presentó, de pronto, celos paranoicos que lo llevaron, un día en que ella retornaba a su casa con alguna ganancia en los bolsillos después de haber vendido comida a unos trabajadores de una construcción, a golpearla brutalmente acusándola de engañarle y exigiéndole que dejara su pequeño negocio.

El salvaje la quería solo en el empleo doméstico, no en la libertad de hablar, cocinar y ganar su propio dinero.

Las hojas de coca por la suerte de la cholita paceña estaban lanzadas; estas hojas le decían "concéntrate en ser sólo madre, sé dependiente, no se te ocurra circular como mujer libre, pues lo vientos que rompen los amarres de la libertad, aún están ocultos en los subsuelos de la Pachamama".

Con su dolorosa experiencia, ella temía que sus hijos siguieran por los pasos de sus padres y esperaba que, en algún momento, personalmente, pudiera desatar los amarres

terrenales y encontrar la verdadera libertad, prohibida para los perversos avarientos.

Aspiraba a que, en algún momento, esa libertad llegara como puede llegar, sobre la hierba verde, un amanecer cargado de rocío, o un cálido atardecer, o como un chuñu phuti acompañando una "sajta" de pollo con zarza de cebolla, tomate y perfume de huacataya y perejil esparcido por sobre el plato.

Los perversos huelen mal, su olor es de podredumbre, Juvenal no sólo olía a alcohol, sino que una vez que llegó borracho, trató de abusar de la hija de Uba de 14 años de edad, mostrando su perversidad extrema, dejando sumida a la adolescente en una angustiada inquietud permanente y a la madre en cómplice silenciosa de su accionar, justificando ésta que era el padre de su hijo menor de 3 años.

En el laberinto de los perversos la fijación pulsional va de lo oral a lo anal, a lo escópico, a lo invocante y a la transgresión sexual dónde lo prohibido para ellos es fuente gozosa y por eso las jovencitas vírgenes son el arco de sus flechas venenosas; angustiarlas su deber, gozar de su sadismo lo máximo.

Su ley hacerse sujetos ante el desvalimiento de las personas, convertirlas en objeto de su repugnante alma, cuya existencia pasa por todos los hedores posible, cloacas vivientes, basureros del mundo que merecen que la muerte real los pulverice de

un soplo, para que ni siquiera quede de ellos el mínimo recuerdo, el mínimo olor, que queden para siempre sepultados bajo tierra al compás del horror siniestro.



Los perversos huelen mal, su olor es de podredumbre

CUARTA PARTE: EL SUPUESTO ARQUITECTO

CAPÍTULO I

EL SUPUESTO ARQUITECTO

Juan Pascual, sentado a la mesa con sus primas hermanas Verónica y Jimena, miraba con deleite la comida que le iban a servir; también miraba deslumbrado a Lucero, la amiga de sus primas, quién se quejaba de que ese día, en el que se conmemoraba el Día de la Madre, su hijo no había sido capaz de traerle temprano un regalo.

Ella insistía en que se merecía lo mejor puesto que, como madre, su amor había sido incondicional para con su hijo.

Los comensales estaban de acuerdo con la queja de Lucero respecto al hijo, que ya convivía con un jovenzuela y que, a lo mejor, por estar tan embebido en su idilio amoroso, se olvidaba de la madre.

El oráculo era: "dame amor", del mismo color, tamaño y sabor que como madre había ofrecido a su hijo.

La demanda de amor infantil de la madre no estaba resuelta y, entonces, de pronto y súbitamente, aparecía el fantasma de las demandas a su propio hijo y de una pequeña tontería armaba una bola de nieve tan grande, que convencía a todos de su dolor.

Un dolor que, convertido en llanto, le había durado todo el día, dejándola con los ojos hinchados y las mejillas rojas de tanto y tanto sufrir al cuete.

Claro que su inconsciente le ocultó el verdadero sentido de su demanda hasta que se fue calmando.

Al final, ¿qué quería esa boca de cocodrilo?

¿Qué desean las madres en este mundo? ¿Desean tapar sus faltas con las de sus hijos? ¿Viven, muchas de ellas, a través de las realizaciones de sus hijos? ¿Son incapaces de armar su propio destino, su propio proyecto de vida?.

La noche trajo el sueño y el inconsciente fue velado por el consciente y, nuevamente, ambos velos oscuros taparon los agujeros de la vida, haciendo sentir que allí no pasaba nada.

Claro, la represión servía para algo, mitigaba el dolor de las almas sufrientes, haciéndoles creer cosas que no son, como se les hace creer a los niños en cuentos imaginarios e historietas.

Era la defensa más común en los neuróticos, alcanzada a través del proceso de la evolución psíquica de los seres humanos.

Así como los peces pequeños habían aprendido, a través de miles de años, a defenderse de los peces grandes, el ser humano también se mimetizaba, cambiaba de color, de máscaras y se rodeaba de otros humanos para, en grupo, no sentir miedo y defenderse mejor de los grandes depredadores.

Acicalaba a otros para sobrevivir y, lo más grande, por la represión decía mentiras a su propio ser, buscando suavizar la verdad, atravesada por la falta, por el velo ciego del amor, por fantasías sexuales perversas, e inmersa en un agujero negro y siniestro muchas veces difícil de ser expresado en palabras.

Un mundo que fluctúa entre la luz brillante del sol y la oscuridad del abismo del mar.

El punto medio, que es menester buscarlo, se pierde entre todos los puntos de una recta, por ser un punto más en la línea que va de lo finito a lo infinito y viceversa; encontrarlo geoméricamente y semánticamente es importante para el balance de un ser que se debate entre el tener y el ser.

Aprovechando el momento en que Lucero se despedía de sus amigas para emprender el camino de retorno a su casa, Juan Pascual le entregó una tarjeta donde estaban señalados su nombre, teléfonos y su profesión de arquitecto, y una

fotocopia de otra tarjeta donde decía ser dueño de un lugar de vacaciones llamado S y L, en Tumupasa, en el norte de La Paz, a dos horas de viaje de Rurrenabaque, atravesando el río Beni y pasando San Buenaventura.

Lucero hacia algunos meses que se encontraba sola, después de haber terminado con su pareja que no la satisfacía sexualmente y que, encima, tampoco llevaba dinero a la casa. Ella no sabía si era por la edad que ya no sentía deseos por una mujer, o si había otra más joven que le movía el piso.

Lucero decidió, pues, probar suerte con Juan Pascual, al que veía como una persona madura, emprendedora y sobre todo que, ante sus angustias, le había dado un buen consejo: "habla con tu hijo y aclara las cosas".

CAPÍTULO II

RURRENABAQUE - TUMUPASA

Juan Pascual tenía un terreno en Tumupasa y ofreció vendérselo a Lucero.

Esto la llevó a tomar la decisión de viajar para cumplir tres propósitos: primero, conocer el indicado terreno, segundo conocer otros lugares del Beni y del norte de La Paz, de los que mucho había oído hablar y, tercero, conocer mejor a Juan Pascual.

Lo primero que supo Lucero era que Juan Pascual estaba sin dinero, de modo que ella debía asumir los gastos del viaje. Poniéndose de acuerdo, ambos partieron hacia Rurrenabaque, él por tierra y ella por avión.

La aeronave, que tenía capacidad sólo para 21 pasajeros y dos pilotos, no aterrizó en Rurrenabaque, por encontrarse el

aeropuerto en reparación, sino en Reyes, que se hallaba a una hora de viaje de aquel lugar, yendo por tierra.

Lucero advirtió que una mayoría de los pasajeros eran extranjeros, varios de ellos judíos.

"No hay duda de que a esta gente le fascina la selva", pensó Lucero, acordándose de que por allí se extendía la reserva natural del Madidi Boliviano, rico en flora y fauna.

De Reyes a Rurrenabaque partió una especie de góndola a las siete de la noche, en el camino se sentía mucho calor y un fuerte parloteo de aves; la espesa vegetación dejaba entrever verdes de diferentes tonalidades; el polvo del camino entraba por las ventanas y molestaba no sólo a Lucero sino también a los extranjeros.

Poco después de las ocho de la noche llegaron, al fin, a Rurrenabaque, donde ya la esperaba Juan Pascual para ir al hotel y, al día siguiente, partir hacia Tumupasa.

Esa misma noche fueron a cenar a un buen restaurante, donde se sirvieron pacú, un pescado de la zona, y una buena botella de vino, terminada la cena se dirigieron al hotel, hicieron el amor esa noche y, al día siguiente, compraron pasajes para viajar, por lancha, a la población de San Buenaventura, y de donde se desplazarían hacia el norte de La Paz.

Para Lucero todo era nuevo, le llamaba la atención la vegetación espesa y sentir ese calor que jamás se sentía en la ciudad de La Paz.

Había mosquitos que picaban, pero ella andaba protegida por un excelente repelente que había rociado por todo su cuerpo y ropa y, además, por pantalones y blusones de manga larga.

Después de dos horas atravesando la selva y admirando mariposas de todos los colores, llegaron al hotel de Tumupasa que se encontraba cerca de la plaza del pueblo.

Al medio día, almorzaron en una pensión y se pusieron en camino para ver el terreno en oferta; cruzaron la plaza del pueblo en diagonal; subieron aproximadamente dos cuabras y ya estando a punto de llegar al terreno, Juan Pascual se encontró con doña Hortensia, una vecina, a la cual saludó, y le preguntó por su hijo Jeremías.

Ella le dijo que el muchacho se encontraba muy mal de salud, y que no salía de su habitación, porque no tenía fuerzas para caminar.

Atraído por escuchar tantas voces, Jeremías salió de la casa, y entonces Lucero quedó anonadada por lo que veía.

Aquel joven era un cadáver viviente, con los ojos hundidos y sin brillo, ojeras profundas, manos y cuerpo totalmente enflaquecidos y algo impresionante, era ver como una de

las venas de su cuello latía a una velocidad de cerca de trescientas veces por minuto.

Lucero se asustó tanto que pensó que Jeremías se moría, por lo que fue a hablar inmediatamente con el médico de la posta de Tumupasa.

La posta de salud era precaria y casi solo atendía casos ginecológicos. El médico comentó a Lucero que este muchacho tenía un problema de una fístula anal abierta por la que sangraba permanentemente.

"Como le queda poca sangre, ésta recorre a toda velocidad por su cuerpo para oxigenar los diferentes órganos" comentó el médico, asegurando que así como estaba era un caso de infarto y muerte segura.

Le explicó que, para salvarlo, había que efectuar constantes transfusiones de sangre, y que esto solo se podía hacer en San Buenaventura.

"¡Zas!, pensó Lucero, se vinieron abajo mis vacaciones, pero no importa, a este joven debo ayudarlo".

Reunió a la familia y organizó el traslado de Isaías al hospital de San Buenaventura que quedaba a dos horas y media de viaje, haciéndose cargo de todos los gastos y sin esperar, porque no podía hacerlo, a que el supuesto arquitecto abriera su billetera.

La bruja de la madre y la hermana que acompañaron a Jeremías trataron de sacar más dinero a Lucero, indicando que las transfusiones eran muy caras cuando, en la realidad, estas podían conseguirse en forma gratuita por la solidaridad de la gente que, al mirar a Jeremías, se apiadaba de su estado.

Bastaba ver la cara de Jeremías para comprender la cara de Jesús en su último suspiro en la Cruz.

La gran diferencia consistía en que este Jesús era moreno y de ojos negros, y el otro Jesús era rubio y de ojos celestes; uno de estatura mediana, el otro alto e imponente; uno de raza tacana, el otro de raza judía; uno pobre y sin educación, el otro actualmente con poder económico y muy buena educación.

Ambos cargaban sobre sí, las mochilas de su respectiva tradición y cultura.

Jeremías de raza tacana, era pasivo, se conformaba con los cocos de las palmeras, en tanto que el Jesús judío actual era curioso y despierto ante la vida, viajaba de joven por el mundo, aprendiendo idiomas y relacionándose con personas de diferentes culturas.

Uno esperaba pasivamente la muerte en la selva, mientras el otro se transformaría en veterinario y biólogo y aprovecharía sus profesiones para hacer buenos negocios en el futuro; el conocimiento le daría el poder y la capacidad necesarios para vivir bien.



Lucero se asustó tanto que pensó que Jeremías se moría

CAPÍTULO III

LA SELVA

Después de atender a Jeremías en San Buenaventura, Lucero retornó a Tumupasa para conocer mejor el lugar al que Juan Pascual consideraba el paraíso.

"En cierta forma tiene razón", pensó Lucero.

La naturaleza aún se encontraba virgen en esas regiones; sus ríos eran navegables y mucha gente vivía de la pesca y del turismo, con lanchas que trasladaban a los visitantes a rincones inaccesibles para que tuvieran contacto con indígenas del lugar.

Estos visitantes podían, además, apreciar una fauna con profusión de monos, venados, chanchos negros de monte, anacondas, mariposas gigantes, pájaros de distintos tamaños y colores, iguanas y lagartijas, y una flora con árboles de

todo tipo, lo mismo que una variedad impresionante de especies vegetales.

Los tacanas utilizaban las hojas de palmera para construir cabañas que les resguardaran del sol y de la lluvia y sus frutos, los cocos, como proveedores de alimento y agua.

Otros árboles proveían medicamentos naturales para el tratamiento de enfermedades; la selva constituía un laboratorio biológico maravilloso y al alcance de los acuciosos.

Además de todo ello, aquel era un lugar rico en mitos y leyendas que giraban en torno a la vida y la muerte, y que se constituían en una especie de eslabón perdido, no a nivel anatómico, sino para entender la condición humana por excelencia.

Zheti, un tacana del lugar, se comprometió a llevarlos a su Chaco, lugar que el gobierno le había cedido, dentro de la selva, para el cultivo de arroz, maíz, yuca, paltas, papayas, bananas y caña de azúcar para consumo familiar.

Al ingresar a la selva, Lucero pensó que estaba dentro de la película *Ávatar*; los árboles eran majestuosos; sus copas ni se llegaban a ver pero las raíces que sobresalían sobre el suelo y las bases de los árboles adoptaban formas caprichosas semejantes a copas, conos alargados o varillas arracimadas, algunas con espinas alrededor.

La variedad medicinal conocida como "uña de gato". era una maraña de raíces atravesadas de un lado al otro y de arriba hacia abajo.

Los líquenes reposaban en la base de los árboles, y nidos de pájaros y termitas se encaramaban en las alturas de los mismos; el suelo estaba completamente húmedo y lleno de hojas caídas de los árboles.

Al salir de la selva se encontraron con un aserradero a donde llevaban los troncos de los árboles para ser convertidos en tablones de madera; luego camiones de mucha capacidad recogían los tablones y los llevaban a los diferentes departamentos e incluso al exterior.

Lucero pensó en la deforestación y los tacanas comentaron que el gobierno ya había decretado leyes para evitar una deforestación excesiva; sin embargo con el pretexto de una carretera nueva y la avaricia gobernante se pensaba en derribar árboles que no tienen precio por sus años de antigüedad y por ser los que nos brindan el oxígeno necesario para la vida una vez que absorben gases malignos.

Desde la ventana del hotel de Tumupasa, Lucero veía los camiones desfilando toda la noche con su carga de madera hacia la ciudad de El Alto y hacia el extranjero.

Lucero pensó, "no quiero apoderarme de nada de la selva, no quiero comprar ningún terreno, no quiero construir nada aquí; esta selva es sólo para mirarla, es sólo para apreciarla tal como es, sin intentar dominarla ni poseerla".

"Es un deber ético dejarla tranquila a ella y a sus animales, a sus plantas y a su gente pasiva, dejarla, simplemente dejarla pero, por lo que se advertía, en los hombres siempre estará presente el anhelo de poseer, de dominar, de tener poder sobre algo, llámese este algo naturaleza, sujetos humanos u objetos.

Por ejemplo, qué basura mental, qué paranoia - yoica se olía en el aire y se palpaba en las miradas y en los afanes de rapiña de los comerciantes.

Con el pretexto de crecer, se mata a la naturaleza; dentro de poco ella nos matará por otros medios si es que, como seres humanos, no estamos dispuestos a retroceder en nuestras determinaciones llenas de vacuidad y banalidad.

Por ello, cuando Juan Pascual le mostró el terreno para la venta, ella no dijo nada y sonrió.

Él, inmediatamente, en otro terreno de al lado, que también era suyo, empezó a sembrar varias semillas que había llevado de la ciudad de La Paz, a sabiendas de que la maleza crecería y devoraría todo su afán.

En aquel momento Lucero se dio cuenta de que este hombre, atado a mezquindades terrenales, jamás podría ser su compañero de viaje por la vida.

Su espíritu estaba atado al tener, y así como había almacenado semillas de diferentes plantas y frutos, era un coleccionista de fotos, estampas, música, revistas, stiker's,

mapas, calendarios, cartas, CDs pornográficos y otros, que lo hacían un bicho raro dentro de la naturaleza.

También mantenía contacto con diferentes personas del mundo, intercambiando cosas materiales para almacenarlas y coleccionarlas, como si eso fuese una gran virtud.

La selva, y las mujeres turistas que llegarían por allí, serían parte de su colección, pero antes alguien tendría que pagar los gastos de las cabañas que se construirían en ese lugar, ya que él no estaba dispuesto a sacar de sus ahorros y menos trabajar para ese cometido.

"Bueno, éste de arquitecto no tiene nada, nunca habla de su profesión pero sí de sus pretensiones terrenales y de su donjuanismo, es decir de las mujeres que conoció en Brasil, en Alemania, en Bélgica, en Bolivia, de las gringas que estuvieron de paso por nuestro país", pensó Lucero.



Esta selva es sólo para mirarla, es sólo para apreciarla tal como es, sin intentar dominarla ni poseerla”.

CAPÍTULO IV

LA AVARICIA EN SU PUNTO CAMELO

Al llegar a la ciudad de La Paz, Lucero le marcó a Juan Pascual un límite de días de visita y empezó a darse cuenta de que él no era nada más que un vividorcito; un inmaduro que sólo pensaba en viajar y vivir a costilla de las mujeres.

Lucero decidió que si a las gringas las utilizaba, con ella no iba a ocurrir lo mismo; que había que darle un merecido golpe a su vanidad, otro golpe a su avaricia y uno, más fuerte, a su afán por coleccionar mujeres.

Cuando Juan Pascual visitaba a Lucero no se preocupaba por llevarle nada o, si con alguna cosa aparecía, era algo tan pequeño y miserable cuyo costo no rondaba más allá de diez Bolivianos, incluyendo su movilidad de ida y vuelta desde la ciudad de El Alto.

Algo así como un poco de pan, una flor de su jardín, o un girasol marchito de un Boliviano comprado en el mercado Rodríguez.

Una sola vez se hizo presente con un pescado y una cantidad de frijoles.

Le llevaba a Lucero tarjetas duplicadas de su colección y, por cierto, de las más pequeñas.

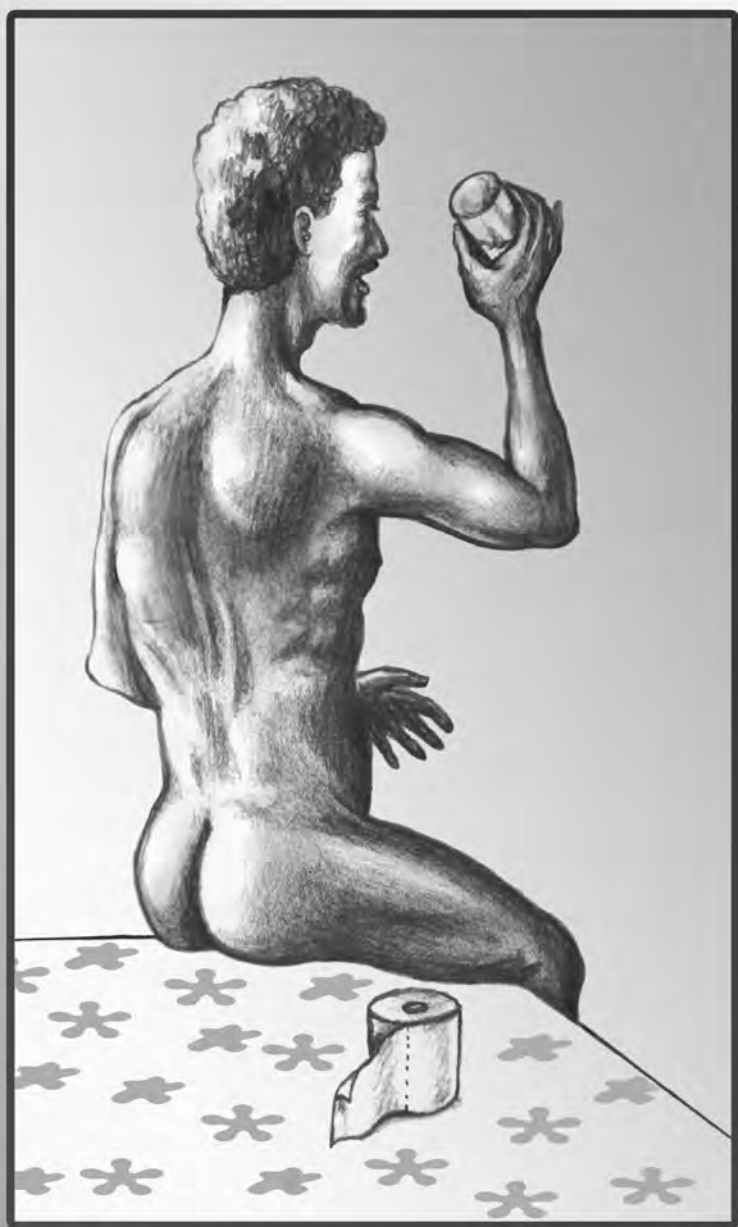
También le regalo un anillo hecho de hojalata para un compromiso que se suponía era de por vida.

Era un pobre tan pobre y, a la vez, tan miserable de espíritu, que ni siquiera su supuesta profesión de arquitecto le daba la iluminación necesaria para hacer un presente creativo a la supuesta mujer amada.

Siempre llegaba a casa de Lucero sudoroso y con olor a ajos y cebollas, que creía eran una fuente de rejuvenecimiento; en ellos había proyectado la anhelada inmortalidad devorando estos tubérculos desde el rezo matinal.

Su olor a pies era tremendo, pues caminaba bastante y se ponía zapatos de mala calidad.

Cuando Lucero tuvo que realizar un viaje por dos semanas y le pregunto qué haría ese tiempo sin mujer, él le dio una respuesta increíblemente insólita, disparatada y asquerosa: dijo que se masturbaría y se tomaría su semen para no desperdiciarlo.



*Dijo que se masturbaría
y se tomaría su semen para no desperdiciarlo.*

El avariento no come el huevo por no botar la cáscara, y éste, además de coleccionar todo lo que podía, llegaba al extremo de tomar su propio semen, colocado en un vaso, con un sorbete.

El oráculo "**no desperdicias nada**", presente en su vida cotidiana, le llevaba a ahorrar todo lo que podía, desde las verduras y frutas, hasta su propio semen.

Todo tenía una finalidad: el locoto para las plantas, la cáscara de huevo para las plantas, la cáscara de plátano para las plantas, faltaban sólo las heces como abono para su jardín.

Lucero se estremeció ante el ahorrador que, por supuesto, utilizaba foquitos de mercurio para no gastar mucha energía; dándose todo el tiempo necesario pelaba las papas con una cáscara tan delgada, que parecían peladas al vapor.

Un buen día se ofreció a pintar el departamento de Lucero, y ella acepto para ver si el supuesto arquitecto servía para algo.

Empezó solicitando tres litros de pintura color naranja para el baño, cuyo techo no pasaba de los dos metros cuadrados.

Fue un placer para él llevarse la pintura sobrante, sabiendo que Lucero detestaba los olores fuertes.

Luego pintó la cocina de color verde y, no como arquitecto sino como albañil, buscó juntar la pintura con más gasolina para tener un sobrante que también pudiera hacer llegar a su casa.

Después de esas primeras veces, su afán por llevarse pintura empezó a fallar cuando Lucero tomó la decisión de ponerse delante de él, en los momentos de las mezclas.

Amablemente, entonces, ayudaba a recorrer los muebles, y a trasladar cosas de un lado a otro, un trabajo, efectivamente, de monos, pero con el afán de saber si su dueña tenía una caja fuerte o dinero oculto por algún lugar; para su decepción no encontró nada.

De esta manera pintó el living-comedor, el escritorio y el dormitorio, por supuesto que con los colores que a Lucero le gustaban ya que, si de Juan Pascual hubiese dependido, todo se habría pintado de dos colores, naranja y girasol.

Ahora, en cambio la casa de Lucero era toda una luz, con un juego de colores donde se alternaban el naranja, el verde y el girasol, con el ocre de la India, el amarillo y el cerámico que sirvió para pintar las puertas.

Juan Pascual le dijo que la pintura para las puertas la haría preparar por su cuenta lo cual, indudablemente, le iba a significar un plus para sus emergencias.

Buscando siempre cómo sacar ventaja de las situaciones, le propuso a Lucero, alfombrar todo el departamento, porque su finalidad era quedarse con la alfombra que ya existía en el living-comedor.

Le sugirió cambiar todas las cortinas, y cuando Lucero le dijo que las iba a teñir, él insistió en que teñidas no quedarían bien, otro día llevó unos focos ahorradores de energía, que para la casa de Lucero no servían pues eran demasiado grandes. La sorpresa fue que en una caja había un foco y la otra estaba vacía.

Cuando terminó de pintar las puertas y vio que sobraba un poco de pintura, decidió repasarlas, lo cual arruinó su primer trabajo.

Su afán, al proceder así, como un tonto-vivo, era que Lucero volviera a comprar más pintura para dar a las puertas una nueva mano, de modo que el sobrante fuera a parar también a su casa.

Lo que no pudo percibir el vivillo era que ella estaba realmente alterada por su comportamiento, y que había tomado la decisión de mandarlo, al día siguiente, definitivamente de paseo a su casa o al mundo solo, porque no estaba dispuesta a aceptar en su vida, un compañero de esa clase.

Los roñosos siempre dan un paso para adelante y dos para atrás, anulando el paso que dieron hacia adelante, y por ello son personas que por su avaricia, su vanidad, su egoísmo, hechos los tontos-vivos, se quedan solos en la vida.

Ellos, los avarientos, aunque tengan muchos conocidos al lado suyo, no llegan a tener verdaderos amigos que compartan su existencia.

Están muertos en vida y van, como el cangrejo, hacia atrás, y por ello los vivos, lo que van hacia adelante, se apartarán siempre de ellos.

Lucero viajó por dos meses y perdió el rastro de su amigo Juan Pascual.

Pasado un tiempo, éste la llamo una vez, diciéndole que cumplía años y que quería reunirse con ella por ese motivo.

Lucero se rió y se negó a la reunión, sabiendo que jamás llevaría al roñoso un regalo, y menos se pondría sus mejores galas para compartir con él, un personaje que sólo buscaba sacar ventaja de todo, y que creía que los demás eran objetos, ventajosos o desventajosos, y no sujetos humanos.

El mensaje salía por las venas: despierta Pascualito, la vida no es para roñosos aprovechadores, la vida es para los verdaderos trabajadores, no para sanguijuelas chupa sangre.

La vida no es la televisión o el recreo de la juventud; la vida real es dejar los juegos, el bar, los bailes, los amigos para ir a trabajar y conseguir las cosas por uno mismo y, en el camino, aprender.

Andar solo no es soledad.

Lucero, al final, decidió quedarse sola, mejor que mal acompañada, hasta encontrar una persona dentro de ciertos parámetros de responsabilidad.

La experiencia pasada le ratificó la idea de que la avaricia es la peor de las enfermedades mentales por sus efectos destructivos con el entorno social y medio ambiental.

Una gran mentira que silencia la verdad, un silencio perpetuo, ominoso, siniestro que se desliza como un depredador frente a la presa que piensa cazar.

Una enfermedad que conduce a buscar el poder y el dinero, aprovecharse de situaciones sólo para inflar la vanidad, el ego de la persona que la practica, para lacerar a otros.

Al final, hay tantos tontos en el mundo, tantos a quiénes engañar, pensando en que lo único que vale es el coraje de fingir; un mundo donde prevalece el poder de la acumulación, de "no desperdiciar nada".

Y por ello el mundo se convierte en una gran teta materna de placer gozoso: come todo, no desperdicies nada, toma todo el jugo de la jarra, no desperdicies absolutamente ninguna miga de pan, ve todas las pornos del mundo, no desperdicies nada, ve todas las mujeres que puedas, no desperdicies nada, toma todo el trago que puedas hasta el final, no desperdicies nada, sorbe frutos podridos, sorbe tu semen, sorbe el líquido derramado sobre la mesa, no desperdicies nada, todo, todo, no dejes restos, todo, todo, no dejes sobras, nada-todo, todo-nada.

Lucero recordó que para el colmo de los colmos el supuesto arquitecto quiso demostrar una vez en Tumupasa su potencial

viril tomándose, el ignorante, varias pastillas de viagra de un solo sorbo; funciona como macho durante un día, pero en la noche, y cuando dormían en camas separadas por el calor que hacía, Lucero, admirada, advirtió que Juan Pascual saltaba en su cama boca abajo como si fuera una pipoca; pensó que se trataba de una pesadilla, y buscó la linterna para acercarse al interruptor de luz y encenderla.

Juan Pascual se ahogaba y, desesperado y con la boca abierta, señalaba con sus dedos su garganta.

Lucero a lo único que atinó fue a darle golpes en la espalda pensando en que se estaba atragantando con algo pero, con cada golpe que recibía, Juan Pascual, recorría unos metros hacia adelante hasta que se abrió la puerta del cuarto.

Lucero, asustada, gritó pidiendo auxilio.

Todos los hospedados en el hotel subieron por las escaleras al segundo piso, a ver lo que ocurría.

Uno de ellos le pidió a Juan Pascual que respirara por la nariz, lentamente, para que consiguiera llevar oxígeno a sus pulmones, cosa que lo fue tranquilizando, ante el espectáculo mudo de los huéspedes.

Si se grafica la curva de Gauss, los extremos cubren el todo y la nada, la parte del medio queda inexistente o vacía; sólo hay para él blanco y el negro, no matices ni tonos de color intermedio; la rigidez cadavérica de la avaricia y sus

actos en general circulan por los canales angustiosos de la lógica formal del todo y de la nada.

Todo y Nada comandan la vida muerta de Juan Pascual. ¿Dónde dejaste perdida la otra parte? ¿Dónde la medida justa de las cosas en la vida?.

La lógica que utiliza de todo y la nada hacen de él un hombre muerto en vida, hasta que uno de estos ajustes lógicos, de verdad lo lleven a encontrarse un día, y en el momento menos esperado, con la guadaña de la muerte real.

Su epitafio, entonces dirá: Aquí yacen los restos de uno de los Muertos en Vida, que no se llevó nada al otro mundo, pues el imbécil no sólo tomó demasiado viagra sino que la condición de entrada o salida de su vida estuvo regida por tantas ataduras y cadenas que murió ajustado de cáncer de colón.

La Paz, Octubre 2011



*Aquí yacen los restos
de uno de los Muertos en Vida.*

ÍNDICE

Primera Parte

Capítulo I	13
Capítulo II	21
Capítulo III	25
Capítulo IV	31
Capítulo V	39

Segunda Parte

Capítulo I	47
Capítulo II	51
Capítulo III	59
Capítulo IV	71

Tercera Parte

Capítulo I	79
Capítulo II	85
Capítulo III	93

Cuarta Parte

Capítulo I	105
Capítulo II	109
Capítulo III	117
Capítulo IV	125

La muerte real, siempre fue un enigma para el hombre en el transcurso de su existencia, ninguno volvió del más allá para comentar con otros seres humanos su estadía terrestre o extraterrestre que diera cuenta de las categorías Kantianas de espacio o tiempo, por lo que es probable que cuerpo y alma no sean otra cosa que polvo estelar.

Muchos seres humanos viven negando, rechazando e incluso renegando de la falta que es propia a la naturaleza de los hombres y compensan esta de muchas maneras, incluso de manera delirante, por lo que este libro se remite a la existencia avarienta y ambiciosa de sujetos que pretenden con sus delirios de ahorro excesivo y ambición desmesurada burlar a la muerte real, con diferentes artimañas, sin percatarse que se enfrentan a la no existencia de *la muerte simbólica* por lo que el Mito de Sísifo de cargar una piedra en su propia existencia se hace palpable, cargando el Goce de una pulsión sadomasoquista que se repite una y otra vez en la existencia de los protagonistas de *muertos en vida*, con lo que resulta que de tanto peso la muerte real no sólo convive con ellos cotidianamente sino que se encuentra presta a perseguirlos con su guadaña para darles el ultimátum en vida al final de una existencia mezquina.

El temor a *la muerte imaginaria*, en esta clase de sujetos es tan grande, que pululan sus andares por vericuetos y laberintos que llegan a causar comicidad, al considerar este mundo lleno de objetos materiales que cubren sus expectativas e incluso imaginándose *muertos vivos* cargan sus pertenencias terrenales al otro mundo y barajan su destino gambeteando a la muerte real y simbólica.





Rosario Alarcón Mondonio
(Autora)



**Incluye un CD
con una adaptación libre al género
teatral, a cargo del dramaturgo
Arturo Archondo Asch**



Rosario Alarcón Mondonio, el año 2011 publica una primera novela *ESMERALDAS VERDES, ORQUÍDEAS NEGRAS Y GIRASOLES AMARILLOS*, con la colaboración del comunicador y dramaturgo Arturo Archondo Asch y el ilustrador Alejandro Archondo Vidaurre.

Este año 2012 publica la obra titulada *MUERTOS EN VIDA*, cuya narrativa describe el develamiento del yo humano escondido detrás de máscaras que esconden tras ellas el delirio de la posesión por el dinero, el lucro, la gloria, el poder de posesión, demostrando que tanto la Avaricia y la Ambición son dos tipos de delirios que se asientan generalmente en sujetos ego maníacos con estructuras perversas cuya materia cambiante a semejanza de un camaleón, pone de manifiesto las fuerzas sadomasoquistas que se expresan a flor de piel.

Esta obra conlleva, nuevamente, la colaboración de los queridos amigos de Rosario, los Archondo, padre e hijo, para crear y recrear con su arte la lectura, acompañada con la maestría en los diálogos teatrales y las ilustraciones que acompañan al texto poniendo de manifiesto sus dotes artísticos para hacer vibrar la obra en su poder comunicativo para deleite de los lectores y espectadores. La autora, tiene el agrado de anunciar la próxima publicación: *EL ORÁCULO DE LOS DIOSES Y LAS FUERZAS DEL DESTINO*, obra que articula dos discursos de investigación uno mitológico greco-romano y otro clínico psicoanalítico.

